

MUSEO DE LA PLATA  
ESPLORACION ARQUEOLÓGICA DE LA  
PROVINCIA DE CATAMARCA

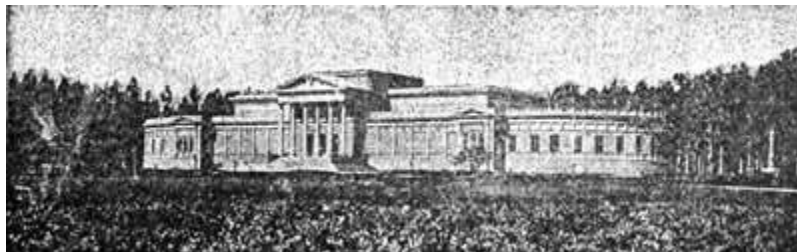
PRIMEROS DATOS SOBRE SU IMPORTANCIA Y RESULTADOS

POR

F. P. MORENO

Director del Museo

EXTRACTO DEL INFORME ANUAL CORRESPONDIENTE Á 1890



(REVISTA DEL MUSEO DE LA PLATA—TOMO 1º PÁGINAS 199 Y SIGUIENTES)  
1890-91

{3}

---

Museo de La Plata.  
Esploracion arqueológica de la Provincia  
de Catamarca

PRIMEROS DATOS SOBRE SU IMPORTANCIA Y RESULTADOS

POR

## F. P. MORENO

Director del Museo

*(Extracto del informe anual correspondiente á 1890)*

No he podido continuar, por las dificultades económicas porque atraviesa la República, la exploración arqueológica que en la Provincia de Catamarca practicaba, por cuenta de este Museo, nuestro naturalista viajero, don Adolfo Methfessel, pero este establecimiento continúa recibiendo los objetos reunidos en excursiones anteriores.

La manera como se practica por el Museo el examen escrupuloso de las destruidas moradas y sepulcros de los antiguos habitantes de los valles calchaquíes, nos asegura deducciones exactas que no era posible obtener antes por la confusión que resultaba de la dudosa ubicación de casi todos los hallazgos anteriores, hechos por lo general por personas poco competentes ó interesadas en su venta, las que han alterado muchas veces la verdad sobre sus descubrimientos, mezclando los objetos de distintos yacimientos para obtener mayor precio, alteración muy perjudicial, si se tiene en cuenta la importancia capital de las antigüedades de nuestras provincias andinas, para el completo conocimiento de la historia del hombre americano pre-colombiano.

Sería muy aventurada la publicación inmediata de las conclusiones que á primera vista se desprenden del examen superficial del muy grande material que para el estudio de esa historia contienen las colecciones de este establecimiento, y del de las valiosas piezas reunidas por el señor Methfessel. El pasado humano de estos territorios se liga seguramente con el de otras regiones americanas, pero lo reunido hasta ahora no basta para deslindar esas relaciones, ni conocer su origen; por lo tanto, todas las conjeturas á este respecto son muy susceptibles de grandes modificaciones, como lo indican los nuevos descubrimientos.

Aun cuando en estos últimos cincuenta años se han agregado muchos nuevos elementos de investigación sobre este pasado, á los que encontramos en las obras más ó menos verídicas ó más ó menos ingenuas ó interesadas, del tiempo de la conquista, faltan en la República Argentina monografías de cierta extensión ó estudios que se aparten del «Diario» del viajero, y que á la manera de las investigaciones practicadas en los centros de civilización del mundo bíblico, detallen lo que son y contienen las viejas ruinas sud-americanas, rehaciendo así la historia de los pueblos que dejaron esos portentosos vestigios y el medio físico en que actuaron.

Méjico, además de poseer de su gran pasado obras de largo aliento y fruto de pacientes exploraciones, acaba de publicar oficialmente un verdadero monumento monográfico sobre sus antigüedades. Puede estudiarse á Yucatan y á sus maravillosas ruinas en el Museo del Trocadero, en Paris, por todos los interesados en la vieja historia de América. Nicaragua, las regiones del Istmo, Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, han sido pacientemente investigadas en estos últimos tiempos, y Estados-Unidos, Francia y Alemania sobre todo, ostentan en sus museos materiales para principiar á reconstruir el pasado de esos países americanos. Mas próximos á nosotros y más ligados en el pasado que el presente con lo que es hoy República Argentina y cuyo estudio tiene por lo tanto mayor interés para nosotros, el Perú y Bolivia han tenido entre otros investigadores de sus misteriosas ruinas, quizá más importantes para el conocimiento del más remoto pasado de América, que Yucatan ó Méjico, á D'ORBIGNY, CASTELNAU, RIVERO, TSCHUDI, ANGRAND, MITRE, SQUIER, WIENER, STUBEL, WEISS y FALB.

El primero, nos ha dado una buena serie de observaciones sobre Tiahuanaco, pero disponiendo de reducidos elementos de consulta, ignorando los otros grandes vestigios de viejas sociedades de los valles centrales ó de la costa del Perú y los esparcidos en la República Argentina, con la única base de sus observaciones en la meseta del Lago Titicaca, se concretó á la descripción de lo que había explorado, considerando á esas ruinas como vestigios<sup>{5}</sup> del arte aimará, anteriores á la dominación incásica, dinastía que empieza, según D'Orbigny, con la fundación del Cuzco por Manco-Capac, salido del Titicaca en el siglo XI. Incurrió con esto, siguiendo á Garcilaso, en la creencia errónea de la modernidad de la dinastía, sin detenerse á pensar que es imposible que naciones como la Quichúa y la Aimará, que profesaban el culto de la tradición, olvidaran tan pronto el esplendor de una civilización como la del Titicaca y sus inmediaciones, que debía todavía existir en la época de la aparición de Manco-Capac, porque un legislador como éste no brota del desierto, ni que tal civilización se destruyera tan rápidamente que sus vestigios fueran considerados como antiguallas de tiempo desconocido por los mismos indígenas, al llegar los Españoles.

Castelnau, que recorrió mayor extensión de Bolivia y Perú que D'Orbigny, describió más extensamente las mismas ruinas, pero sin adelantar nada sobre su origen. Se ocupó con detalle de las ruinas del Cuzco, que considera incásicas, y entrando en consideraciones sobre la antigüedad de la civilización del Perú, que es «bien anterior á la especie de renacimiento á la cual los Incas dieron su nombre», se resolvió por el origen semítico de los habitantes de América, y por el contacto con las civilizaciones del Mundo Antiguo, presentando interesantes analogías en apoyo de sus ideas, pero descuidando lo que más debió investigar: las naciones que produjeron las construcciones gigantescas que admira.

Rivero y Tschudi no las descuidaron, y fueron los primeros autores que con una masa considerable de materiales, distinguieron, aunque á grandes rasgos, los centros civilizados y las razas del Perú antiguo, antes de la fundación del reino incásico, refiriendo el origen de este reino á la raza que llaman Aimará. Dividen en dos épocas el arte peruano anterior á los incas, pero, adoptando la genealogía de éstos, dada por Garcilaso, repudian la más lógica, la de Montesinos, y encierran en un cuadro estrecho, lo que es resultado de la evolución social de varias razas durante decenas de siglos. Poco interés prestan, y la mencionan como simple curiosidad, á la igualdad que hay entre algunas clavos de madera de chonta, encontradas por ellos en Colombia y en el Perú, y las de Nueva-Zelandia, y figuran en la misma plancha que una de esas clavos, sin mayor mención que la de «hacha de piedra verdosa anfibólica encontrada en las huacas del Cuzco», una verdadera maza de guerrero-zelandesa, el característico Pato-Pato, peculiar á la considerada como patria de los Maories.<sup>{6}</sup>

Angrand, en su importantísima carta sobre las antigüedades de Tiahuanaco, les atribuye un remotísimo origen, con razón, y se inclina también á admitir una mayor duración á la dinastía incásica, que la asignada generalmente. Supone que la civilización de Tiahuanaco vino del Norte, como la Quichúa, considerando de un mismo origen á ambas, aunque desarrolladas separadamente desde muy remota antigüedad. Dice: «el pueblo que ha elevado los monumentos de Tiahuanaco, es de un rama de la gran familia Tolteca Occidental, de origen Nahuatló Californiano, de cabeza recta, que descendió hacia el Sud en la época de las más antiguas migraciones».

El General Bartolomé Mitre ha publicado un importante estudio sobre Tiahuanaco, que contiene observaciones propias hechas durante su viaje á esas ruinas, pero las difíciles

condiciones en que realizó su visita, no lo permitieron entrar entonces en mayores consideraciones sobre el origen de esa misteriosa civilización.

Squier abrió la era de los verdaderos exploradores arqueólogos; su libro titulado «Viajes y exploraciones en la tierra de los Incas», es una revelación. Por primera vez se presentan allí con caracteres definidos las viejas sociedades Chimu y del Típicaca, corroborando, en mucha parte, las deducciones geniales de nuestro ilustre historiador doctor don Vicente Fidel López, sobre los Atumurunas, contenidas en su libro «Las razas arias del Perú».

La obra de Squier, como la de Wiener, de igual índole sobre «Perú y Bolivia», son material inagotable de consulta, y agregándoles los trabajos mencionados y las bellísimas ilustraciones publicadas por Reiss y Stübel, como resultados de sus exploraciones en el cementerio de Ancon, inmediato a Lima, y las publicadas últimamente por el Museo de Berlín, forman un material inapreciable. Y sin embargo, todas estas obras reunidas, no dan todavía una idea exacta del pasado del Perú. Son una acumulación inmensa de datos más o menos completos, pero, o son simples menciones de ruinas o de objetos examinados de paso, o descripciones sin suficientes indicaciones del medio físico y social en que se encuentran esos objetos y esas ruinas, dificultando el poder formar un conjunto de observaciones que permita rehacer la historia de los pueblos que dejaron esos vestigios, sus orígenes, sus usos, costumbres, lenguas, relaciones entre ellos, medios físicos en que se desarrollaron, vivieron y murieron, observaciones que son las que deben hacer que la pre-historia se aproxime a la historia.<sup>[7]</sup>

Pues bien, si a pesar de los elementos enumerados, no se puede tener aun una idea exacta del pasado peruano-boliviano, ¿qué diremos sobre el de los territorios que hoy componen la República Argentina, en la que recién empiezan los estudios arqueológicos?

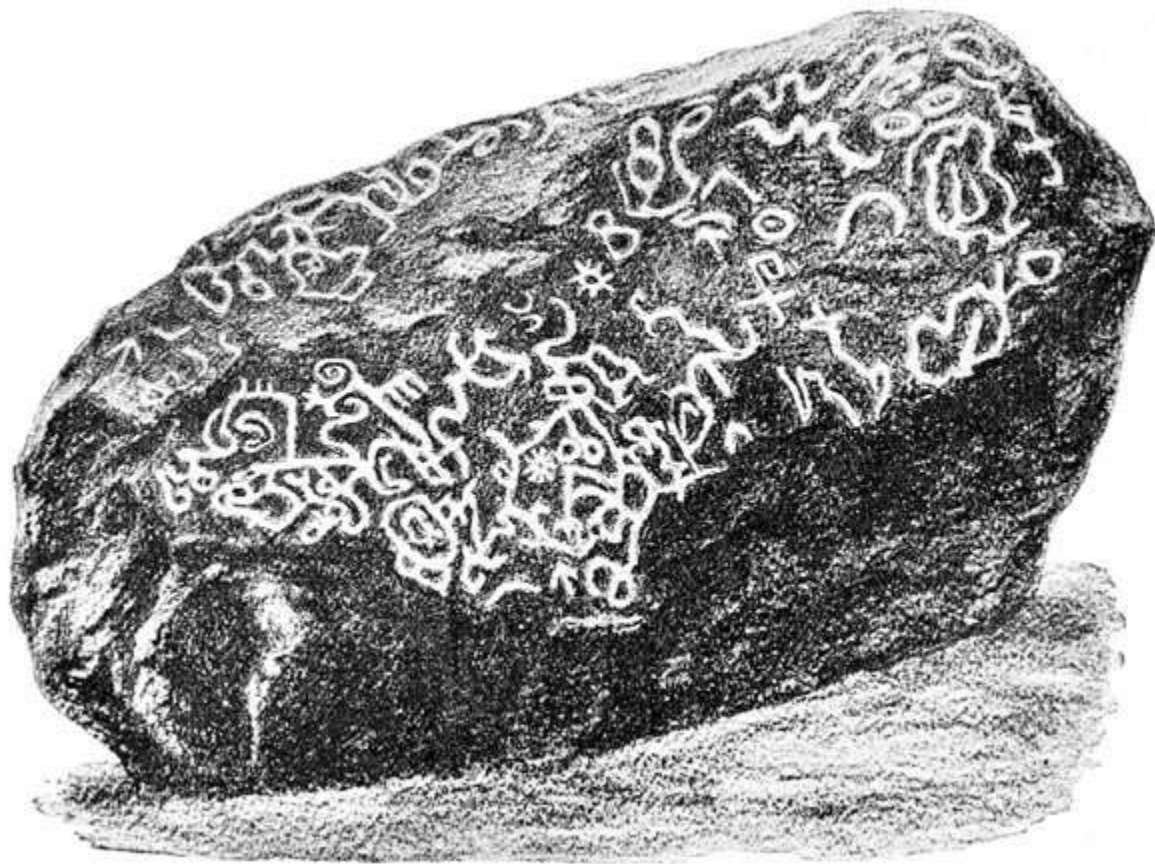
No tenemos viejas crónicas que nos cuenten las tradiciones pre-colombianas. Apenas los primeros cronistas se refieren a la conquista del Tucumán por los Incas, y esto incidentalmente.

Los autores más antiguos que hayan escrito sobre las naciones indígenas, sedentarias, de las faldas andinas, pertenecen todos al siglo XVII y poco cuentan del estado de aquellas poblaciones al pasar de la suave dominación quichúa a la cruel de los españoles. Poco sacamos todavía en limpio de los relatos de los conquistadores del Plata y del Paraná, y será necesario un paciente estudio de ellos para ver claro en esa confusión de nombres de tribus, de parajes y de patrañas.

Sin embargo, qué inmensa importancia tienen las reliquias escondidas en estas vastas tierras, para el conocimiento de la pre-historia americana! Tanta, que sin su examen no será posible encontrar la verdad sobre el pasado humano de este continente. Y es esta abundancia de material que se pierde si una vez que se le descubre no se le recoge con criterio e inteligencia, la que me hace sentir más la falta de elementos para continuar con actividad las investigaciones iniciadas por este Museo. Muy prolijas deben ser éstas, ya que nos falta mejor clave para conocer la historia de las civilizaciones—la lengua escrita.

No es creíble que los anales de esa historia estén consignados en los signos aun indecifrados, figurados, en todo el territorio sud-americano, en los monolitos tallados por el hombre, o pulidos por las fuerzas naturales en las heladas mesetas, en los desiertos sin agua, o entre las selvas vírgenes, y en el centro de los torrentes, pero, si los sud-americanos no podemos desvelar nuestros oscuros orígenes, resucitando el pasado, en la misma forma con que se ha

conseguido restaurar el viejo Egipto, trabajemos para tener siquiera un bosquejo de lo que fueron las civilizaciones que se consumieron en este suelo. Hagamos para ello más que observaciones de paso; principiemos metódicamente la reconstrucción de esos orígenes, cooperando a lo mejor cada una de las repúblicas en que está dividido el continente, organizando trabajos en ese sentido y agregando al esfuerzo individual los elementos oficiales. Tratemos de que los vestigios que deben servir de base a nuestra historia, no salgan del suelo americano, como desgraciadamente ha sucedido hasta ahora. Reunámonos los que amamos el pasado; hagamos conocer lo que resulte de los reconocimientos en el terreno y de su estudio, a medida que pueda condensarse en cualquier forma gráfica, para que cada uno los aproveche en sus investigaciones, y así, en corto tiempo podremos, todos, reunir un monumento que sirva de pedestal a nuestra grande historia futura.



ROCA TRAQUÍTICA CON INSCRIPCIONES GRABADAS. (BAJO DE CANOTA. MENDOZA). Según fotografía de F. P. Moreno—1,30 del tamaño natural

Nosotros los argentinos que pretendemos marchar a la cabeza del movimiento intelectual en este continente, estamos, en lo que se relaciona con los estudios arqueológicos, recién en el principio. Aun cuando fué en Buenos Aires que se fundó el primer Museo Antropológico, cabiéndome el honor de hacerlo, la actividad de un hombre solo no bastaba para llevar adelante, con rapidez, una institución semejante, y hemos visto con tristeza que el Brasil nos aventajara, abriendo su Exposición Antropológica en 1882, y emprendiendo oficialmente la exploración de los parajes donde se señalaban restos de sociedades pre-históricas, trabajos que han producido

monografías de singular valor para los que estudiamos las antigüedades argentinas, por las comparaciones que pueden hacerse entre nuestros hallazgos y los que casi pudieran llamarse idénticos, realizados en la desembocadura del Amazonas.

Estas y otras semejanzas con regiones aun más distantes, hacen necesaria cuanto antes, la exploración bajo este punto de vista de toda la América austral, desde Panamá hasta el Cabo de Hornos, y, cuán fácil sería para los gobiernos, proceder de acuerdo para llevar adelante tales trabajos! Aislados, los estudiosos de cada país, solo podremos divulgar lo que resulte del trabajo en el terreno y en el laboratorio, dentro de estrechos límites, y estos trabajos aislados no llegarán en ningún caso al fin buscado, salvo que algunos felices puedan disponer de medios propios para extender el campo de investigación fuera de esos límites.

No debemos olvidar que las divisiones geográficas actuales no son las mismas que separaban a las antiguas sociedades pre-colombianas. El pasado del Perú está íntimamente ligado con el Ecuador y Bolivia, hasta con la República Argentina, Chile y Brasil, y casi seguramente con las regiones al Norte del Ecuador. Nosotros los argentinos solo podremos hacer observaciones de detalle, si es que debemos concretarnos a nuestros actuales territorios. El origen de nuestras tribus nómadas, y de las sociedades sedentarias que actuaron aquí, en tiempos ante-colombianos, es el mismo de otros hombres de patria lejana, porque, conviene repetirlo hasta que el público se convenza del interés que tienen esta clase de estudios: nuestras sociedades pre-históricas tuvieron contacto con otras de ambas Américas. No es posible examinar los descubrimientos hechos en la parte Sud-Oeste de Estados Unidos sin compararlos con los materiales argentinos reunidos en este Museo. ¡Cuántas analogías entre las industrias y el tipo físico de hombres desaparecidos en medios tan distantes entre sí! En ocasión próxima hemos de dar la demostración gráfica de estos hechos.

Importancia igual tienen otros hallazgos que se relacionan con Méjico. ¿Cómo han llegado a las pampas de Buenos Aires las figuras de barro cocido, que tanto abundan en las ruinas aztecas? El espíritu asombrado no nota la menor diferencia entre unas y otras; parecen salidas de los mismos moldes. Un viajero a quien durante su visita a este establecimiento, mostré esos objetos, sin indicarle su origen, me aseguró que había recojido completamente iguales en las ruinas de Teotihuacan. Grande<sup>[10]</sup> fué su asombro al conocer su procedencia, —Laguna de Lobos, —Provincia de Buenos Aires.

Por una feliz coincidencia y gracias a la intervención amistosa de mi amigo Carlos Wiener, el sabio autor de «Perú y Bolivia», poseemos en el Museo una espléndida colección de vasos exhumados de las necrópolis de la costa del Perú, en las inmediaciones de Trujillo y principalmente del Gran Chimú, y en esa colección que cuenta cerca de mil piezas, hay suficientes elementos para conocer la vida diaria de una sociedad civilizada. No son raras las piezas que tienen analogía completa con las del Ecuador, Chiriquí y aun de más al Norte; algunos príncipes prisioneros, atados, nos dicen que los Chimú guerrearón y salieron más de una vez triunfantes con naciones que no fueron las llamadas incásicas.



URNA FUNERARIA.—BELEN  
(CATAMARCA).—Donacion Moreno. 1/10 del tamaño natural

Si describiéramos aquí las antigüedades de la República Argentina, se presentarían otros hechos que no dan lugar á dudas sobre las relaciones que existieron entre éstos y otros pueblos muy lejanos, al mismo tiempo que demuestran una civilización peculiar á estas regiones. (11)

He encontrado á orillas del Rio Dulce, próximo á Santiago del Estero, un antiguo enterratorio y en él, urnas toscamente modeladas conteniendo restos humanos, y con éstos, moluscos de especies que actualmente viven en el Océano Pacífico. Hallazgo parecido he hecho en otros enterratorios pertenecientes á un pueblo distinto, en la provincia de San Juan; uno de esos moluscos cubría el pubis de una mujer. Y comparando la industria de estos hombres con la de los Changos del Atacama, he encontrado, no analogía, sino igualdad completa entre objetos y usos. Cuántos pueblos y razas distintas se observan en los restos que hemos reunido!



URNA FUNERARIA.—SANTA MARIA  
(CATAMARCA).—Donacion Moreno. 1/10 del tamaño natural

Las enigmáticas ruinas calchaquíes que revelan el paso y dominación de varias razas, á través de los siglos, han de dar algún día luz suficiente para rehacer las sociedades cuya existencia y poderío indican, precediéndose en ese teatro tan triste hoy y que en edades remotas presentó sin duda alguna un<sup>(12)</sup> fértil y risueño panorama donde se hizo la fusión de las razas pre-históricas, como lo prueban los cráneos exhumados y los restos de industria. ¿Quiénes fueron los hombres que trazaron el grandioso camino llamado del Inca? ¿Fueron éstos, fueron otros príncipes anteriores? Me inclino á lo último, teniendo en cuenta que es á la orilla de estos caminos donde he encontrado en mas abundancia las rocas cubiertas de inscripciones enigmáticas que no usaron los Quichúas. Caminos son éstos que, atravesando el Perú y distribuyendo ramales donde la población era posible, llegaban hasta Chile por la quebrada de Uspallata, hasta donde los he seguido en un centenar de leguas, rectos como el trazado de una línea férrea en la pampa horizontal.

La industria del cobre y del bronce, en estos lugares, muy distinta de la exhumada en el Perú, es otro tema de gran importancia, y conviene hacer notar aquí la igualdad que existe entre algunas piezas de Atacama publicadas en la obra U. S. Naval Astronomical Expedition (pl. VII, tomo III) y las encontradas en Catamarca y conservadas en este Museo. Hasta ahora no se han señalado discos de cobre, como el figurado mas adelante, ni en Bolivia ni en el Perú.



El pueblo ó la raza que enterraba sus muertos en urnas, tenía representantes en toda América. Que las relaciones entre sus ramas desmembradas se interrumpieron en remotos tiempos, lo indica la variedad de formas adoptadas para esa fúnebre costumbre. Y á estos pueblos pertenecen quizá los curiosos objetos de piedra tallada con formas animales que se han descubierto desde el Istmo hasta el Amazonas y Provincia de Córdoba en la República Argentina. Quizá también podamos referir al mismo pueblo las inscripciones citadas, pintadas ó labradas en las rocas hasta el Estrecho de Magallanes, de las que posee el Museo un centenar de facsímiles. Esta costumbre de enterrar en urnas, parece que en el tiempo de la conquista solo se practicaba para los cadáveres de niños, en los pueblos de Catamarca. Raro es el caso en que allí se encuentren restos de adultos en esas condiciones, y cuando esto sucede, las urnas son de tipos más primitivos, é indudablemente de época más antigua.

{13}



CUÑA DE COBRE.—VALLE DE CATAMARCA  
3/4 del tamaño natural

HACHA DE COBRE.—CAFAYATE (SALTA)  
Donación Moreno—3/4 del tamaño natural

HACHA DE COBRE.—VALLE DE CATAMARCA  
3/4 del tamaño natural

Dejemos las sociedades constituidas y lleguemos á las tribus nómades. Posee el Museo algunos centenares de cráneos antiguos y modernos de las tribus que han habitado este extremo austral, y de su comparación resulta que varias de las razas que se han extinguido en el suelo argentino, vinieron del centro y del norte de esta América, unas, y que otras son {14} de origen aun desconocido, como ser los patagones ó verdaderos Tehuelches. Los Yahgan habitan hoy el

estremo de la Tierra del Fuego. La carne de las ballenas que á la costa arrojan las tormentas polares, es uno de los manjares mas deseados por ellos, tanta es la miseria en que viven. Sin embargo, algunas de sus costumbres contrastan con ese triste medio. El Yahgan, desnudo, apenas cubierta la espalda con un fragmento de piel de otaria, baila entre la nieve, se adorna de plumas y se cubre la cabeza con una máscara. A uno de ellos, á quien la civilización no ha dañado, que ha llegado á ser un hábil buscador de fósiles y que es quien pone el pliego en la prensa tipográfica que imprime este informe, acabo de mostrarle una lámina de la obra de Castelnau que representa un baile de enmascarados entre los indios Garajas. Es análoga su fiesta, salvo, que en vez de la vegetación tropical del Brasil, el pobre fueguino baila sobre el suelo helado. He presenciado al pie de los Andes, en las tribus mapuches, en Patagonia, un baile en celebración de la primera menstruación de una joven india. Había allí un bailarín enmascarado y de las averiguaciones que hice, resultó que tales máscaras eran raras, siendo restos de una antigua costumbre.

¡A cuántas observaciones y deducciones se prestan estos hechos! Qué inmensidad de tiempo se ha necesitado para que los nómades de hoy, evocando costumbres casi perdidas y cuyo origen ignoran, revelen una comunidad de origen, ó un contacto inmediato entre sus antepasados! Últimamente se han encontrado en paraderos antiguos, en la Costa Atlántica, restos de industria humana, objetos de piedra pulida, asociados con animales estinguidos, en los médanos conchíferos prehistóricos, pero posteriores á la formación del terreno pampeano y de época en que la costa marina era la misma que hoy; y el Museo posee parte del esqueleto de un hombre, encontrado en terreno mas antiguo, pampeano, junto con gran parte del de un *Scelidotherium*. El tipo craneológico es muy parecido al de los actuales Alakaluf de la Tierra del Fuego, que parece ser el mismo de los Botocudos del Brasil.

Sonríen la mayoría de los etnólogos, cuando se les habla de que las relaciones entre las razas antiguas americanas y polinésicas, han sido mayores que las admitidas generalmente, pero no es posible olvidar las mazas de piedra encontradas en Colombia y en el Perú, y casi indudablemente, en la República Argentina, pues durante mi visita á Santiago del Estero, en 1876, se me habló y se me hizo el diseño de una maza de piedra<sup>[15]</sup> verdosa, que no era otra que una maza neozelandesa. Además, el Museo posee, entre otras piezas de un origen parecido, dos grandes mazas de madera: la una encontrada en una escavación en Copiapó y la otra en Quillota, ambas en Chile. La última me fué obsequiada, allí, en 1885, por mi malogrado amigo don Benjamin Vicuña Makenna, días después de haberse efectuado su descubrimiento. Estas dos piezas son polinesas, completamente iguales á las que usan los habitantes de las Nuevas-Hebridias.

## Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

